REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

AÑO II.—DOMINGO 3 DE AGOSTO DE 1879.—NÚMERO 30.

COLABORADORES.

Cávia (D.ª Pilar de).
Gimeno (D.ª Concepcion).
Sinués (D.ª María del Pilar).

—

Alcalde y Prieto (D. Domingo).
Alderete (D. Severino).
Andrés (D. Ignacio).
Arnau (D. Joaquin).
Balaguer (D. Víctor).
Barcelona (D. Juan Pedro).
Bas y Cortés (D. Vicente).
Berbegal (D. Antonio).
Blasco (D. Eusebio).
Blasco y Val (D. Cosme).
Bielsa (D. Julio).
Campillo (D. Toribio del).
Camo (D. Manuel).
Carnicer (D. Leon).
Cavero (D. Juan Clemente).
Comin (D. Bienvenido).
Cuchet (D. Luis).
Escosura (D. Desiderio de la).
Gil Berges (D. Joaquin).
Gil y Gil (D. Pablo).
Gil y Luengo (D. Constantino).
Gimeno Rodrigo (D. Juan).
Gimeno y Vizarra (D. Joaquin).
Herranz (D. Clemente).
Hernandez Fajarnes (D. Antonio).
Isabal (D. Marceliano).
Jardiel (D. Florencio), Presbítero.
Lasala (D. Mario de).
Leon (D. Pablo de).
Liesa (D. Isidro).
Llacer (D. José María).
Marin y Carbonell (D. Valentin).
Marton (D. Joaquin).
Martinez Gomez (D. Gregorio).
Mediano y Ruiz (D. Baldomero).
Matheu y Aybar (D. José M.ª).
Miradles (D. Luis Anton).
Mondría (D. Mariano).
Moner (D. Joaquin Manuel de).
Monreal (D. Julio).
Morales (D. Salvador).
Nougues (D. Pablo).
Ordás y Sabau (D. Pablo).
Pallares (D. Joaquin).
Paraiso (D. Agustin).
Peiro (D. Agustin).
Perez Soriano (D. Agustin).
Piernas (D. José Manuel).
Pina (D. Victorio).
Polo y Peyrolon (D. Manuel).
Pou y Ordinas (D. Antonio J.)
Puente y Villanúa (D. José).
Sagasta (D. Primitivo Mateo).
Salinas (D. German).
Sanchez Muñoz (D. Mariano).
Sancho y Gil (D. Faustino).
Sanz y Escartin (D. Eduardo).
Sañudo Autran (D. Pedro).
Sellent (D. José Eduardo).
Solsona (D. Conrado).
Uguet (D. José M.ª).
Vicen. (D. Gerónimo).
Villar (D. Martin).
Ximenez de Embun (D. Tomás).
Ximenez de Zenarbe (D. Feliciano)
Zabala (D. Manuel).
Zapata (D. Márcos).

ZARAGOZA.
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL.
1879.

ESPECTACULOS.

Como última prueba de las simpatías grandísimas que entre nuestros paisanos dejan Natividad Martínez y Enrique Tamberlick han sido las funciones dadas á beneficio de estos en las noches del martes y jueves últimos. *El Trovador* y *Poliuto*, óperas en que lucen sus privilegiados dones lo mismo el veterano artista que la novel cantante, valieron á entrambos repetidas y estruendosas salvas de aplausos, flores, palomas, coronas, regalos de várias clases, en fin, dos verdaderas ovaciones.

El *Diario de Avisos de Zaragoza*, al hablar de la despedida de la compañía lírica que ha ocupado últimamente las tablas del elegante coliseo de Pignatelli, escribe las siguientes palabras, que hacemos completamente nuestras:

«Aunque sólo fuera por la doble circunstancia de haberse presentado á la par uno de los más afamados tenores del siglo y una paisana nuestra, jóven y simpática por todo extremo, en quien las naturales aptitudes determinaban poderosamente artística vocacion, aunque sólo por esto fuera—repetimos,—nuestros paisanos no podian mostrarse descontentadizos y severos. Así lo han entendido seguramente, cuando les hemos visto aprovechar con entusiasmo los motivos de aplauso que se les han ofrecido y prescindir con indulgencia de los artísticos desafueros que en más de una ocasion han venido á turbar gratísimas impresiones.

En la vida—álguien lo ha dicho—todo se reduce á esperanzas y recuerdos. Si de estos lleva consigo el eminente Tamberlick un séquito brillante y glorioso, no ménos deslumbradoras circuyen las otras el nombre de Natividad Martinez.

No son facultades por cierto las que faltan á nuestra distinguida paisana. Necesita, empero, perfeccionarlas; y para que su educacion musical y dramática sea la que su porvenir reclama, no debieran los zaragozanos escasear á Natividad Martinez los medios prácticos de generoso apoyo y merecido estímulo que ya han iniciado, segun nuestras noticias, personas conocidas en quienes la ilustracion rivaliza con la buena voluntad.

Para entrar de lleno en la brillante carrera que sin duda ha de seguir Natividad Martinez, puede y debe esperar aún cierto plazo de tiempo, que seria muy corto relativamente. Si se logran conciliar, como de todas veras deseamos, estas necesidades con otras más inmediatas y perentorias, aunque más prosaicas; las de la edad, por otra parte, de ningun modo obligan á precipitar los trabajos de la aplaudida *prima donna* del teatro de Pignatelli. Natividad está en lo más florido de la edad: poco más de veintitres años cuenta, y esta lozanísima época de la vida, en que las facultades del alma y cuerpo llegan á su pleno desarrollo, es singularmente á propósito para que con poco esfuerzo obtenga, verdadera y pronta madurez los frutos del talento.

Que estos no han de malograrse en la jóven cantante, tenémosle puesto fuera de duda; pero—ya lo hemos dicho—un corto plazo, dedicado á perfeccionar las hermosas dotes naturales y artísticas que posee la Srta. Martinez, hará subir no pocos quilates su indisputable mérito. Por ella y por el arte celebraremos que así suceda.»

Iguales son nuestros más sinceros votos. Al expresar así nuestro deseo, podemos añadir á las frases del colega local que á la iniciativa ilustrada y generosa de algunas personas de esta capital han respondido ya muchas otras en términos tales que Natividad Martinez no podrá ménos de responder con profunda gratitud á las evidentes pruebas de amistad y apoyo decidido con que la distinguen sus compatricios.

Que nos place muy de veras.

En cuanto á los demás artistas que han compartido las tareas de Tamberlick y Natividad, dén gracias al prestigio de estos si no han sufrido alguna grave desazon. La tolerancia del público zaragozano, harto más severo en otras ocasiones, ha sido para ellos (director de orquesta inclusive) verdadera tabla de salvacion.

Vayan, por fin, benditos de Dios con la música á otra parte.

Una compañía de declamacion y otra de baile suceden en el teatro de la calle de la Independencia á la de ópera italiana.

Los principales actores y actrices de la compañía de verso son los siguientes:

Ellos.—D. Alfredo Maza, D. Manuel Mendez, don Antonio Riquelme, D. Juan García, D. Genaro Venegas, D. Manuel Sabater, D. Antonio Vivancos, don Pascual Alba y D. Domingo Torres.

Ellas.—D.ª Gertrudis Castro, D.ª Rafaela García, D.ª Adelaida P. de Zapatero, D.ª Enriqueta Val, doña Matilde Val y D.ª Josefa Gallego.

En la compañía coreográfica figuran como compositor y director D. Ricardo Moragas, como primera bailarina del género francés la signora Giovannina Limido, como primera bailarina del género español D.ª Amalia Ortega, y en calidad de primer bailarin de ambos géneros D. Eduardo Torres, conocido ya ventajosamente por el público de Zaragoza.

Figuran además en lista veintiseis bailarinas y doce bailarines.

MISCELÁNEA.

Desde nuestro último número, han reaparecido en el estadio periodístico *El Diario de Zaragoza* y *El Diario de Huesca*, el primero en virtud de indulto que le fué otorgado por el Consejo de Ministros y el segundo por haber cumplido en su totalidad la pena de suspension.

Hubiéramos tenido verdadero placer en que la merced obtenida por el colega zaragozano se hubiese extendido oportunamente al colega oscense.

Hemos recibido el número primero de *El Eco del Vero*, periódico bisemanal de Barbastro. En cambio ha dejado de llegar á nuestras manos *La Voz del Vero*, por lo cual suponemos que esta habrá cedido el puesto á aquel.

El Eco del Vero está redactado con esmero é inteligencia. Deseámosle, por lo tanto, todo género de prosperidades.

Nuestro querido amigo y colaborador D. Mariano Sanchez Muñoz, antiguo y discreto periodista, ha obtenido en el certámen abierto por la sociedad turolense *La Tertulia*, de que oportunamente dimos cuenta, el primero y único premio por sus «Apuntes biográficos y críticos sobre hijos notables de la provincia de Teruel.»

Felicitemos á nuestro amigo y compañero por la merecida distincion de que ha sido objeto. Su curioso y erudito trabajo, en parte al ménos, no ha de ser perdido para los lectores de la REVISTA DE ARAGON. Tenemos la certidumbre de ello.

Tambien ha merecido en el mismo certámen un *accesit* (sin que se haya otorgado el premio) por su *Oda contra la usura* nuestro antiguo amigo y compañero D. Juan Pedro Barcelona, redactor del periódico madrileño *La Union*.

Dámosle asimismo nuestro plácemo.

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodístico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Badera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—*Ateca*: D. Demetrio Ortega.—*Calatayud*: don Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cávia, en dicho *Centro* ó en su domicilio, Pino 2, 2.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, *quince* céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.		RELS.
Una pagina entera en la cubierta	60	Cuarto de pagina . . .	16
Media página	30	Octavo de id.	8
		Dieciseisavo de id. . .	4

En la última pagina de la REVISTA, á precios convencionales.

Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de *quince por ciento*; si de seis á ocho veces, una de *veinticinco por ciento*, y de nueve en adelante, una de *cuarenta por ciento*.

Los señores suscritores obtendran en sus anuncios la rebaja del *diez por ciento*.

SUMARIO.

I.—*Advertencia*.

II.—*Crónica Aragonesa*, por Saldubio.

III.—*Historia de los manuscritos antiguos* (continuacion), por don Eduardo Mennechet.

IV.—*Cuentos grises.—Tú* (cuento gris casi blanco), por D. Mariano Sanchez Muñoz.

V.—*La Audacia*, novela por Alfredo de Musset.—(Continuacion.)

VI.—*Sonetos.*—I. *¿Qué quiero?*—II. *Al Océano*, por D. Valentin Marin y Carbonell.

VII.—*Poesías traducidas de las catalanas de D. J. Eduardo Sellent.*—I. *Dolora.*—II. *Olvido*, por D. M. de Cávia.

VIII.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Siendo muchos nuestros suscritores de fuera de esta capital que permanecen todavía en descubierto con la REVISTA DE ARAGON por el pago de los trimestres de Enero, Febrero y Marzo, Abril, Mayo y Junio, y el corriente, rogámosles que se sirvan satisfacer sin demora sus deudas atrasadas, bien por medio de libranzas del Giro Mútuo ó de sellos de franqueo, dirigiéndose á la Administracion de este semanario, calle de Cinegio, 5, esquina á la de los Estébanes.

Si dentro de diez dias no solventan sus atrasos dichos señores suscritores, dejaremos de remitirles nuestros números, exceptuando á quienes, por sernos personalmente conocidos, podamos dirigirnos aprovechando cualquier oportunidad.

Las personas que frecuentemente nos elogian por el sostenimiento de la única publicacion de este género en todo el territorio aragonés, debieran comprender que no es únicamente con vanas alabanzas cómo se alienta y protege una empresa naciente y provechosa.

CRÓNICA ARAGONESA.

Les jours se suivent et ne se ressemblent pas.

Nunca con más verdad que ahora puede repetirse ese refran traspirenáico: porque si á los dias de Julio suceden los de Agosto, estos en nada se parecen á aquellos.

Todo el que transige, cae, ha dicho un pensador eminentisimo. El mes de Julio, apelando á ese sistema de ten-con-ten y de perpétuo balancin que á todos quiere satisfacer y á nadie satisface, abdicó sus naturales fueros y quiso templar los ardores estivales con frescas brisas, que allá en la cumbre de la montaña ó en las costas del mar hubiérannos parecido deliciosísimas y que entre los muros de la ciudad y asomados á nuestros balcones nos parecieron ásperas é insoportables.

Todos protestaron contra la benignidad de Julio. Por eso, al asomar la cabeza el fiero Agosto, lanzando rayos y abrasándolo todo, como un nihilista desbocado, ha respondido á las angustiosas quejas de sus víctimas:

¡Non possumus! El que transige, cae. No quiero que por enviaros un poco de fresco me deis una rechifla.

Confesémoslo bañados en sudor: el mes de Agosto es digno de sí mismo.

* * *

Tan fuerte es el calor que por aquí se siente que ha llegado hasta á derretir las convicciones de un venerable pastor evangélico.

El protestante D. Antonio Sanchez, acompañado de su esposa y de su hijo, ingresó hace pocos dias en el seno de la religion católica.

Al hablar de esta conversion dos personas que salian del solemne acto verificado en el Palacio arzobispal, decia la una á la otra:

—¿Usted cree que será firme, sincera é irrevocable la piadasa resolucion de ese converso?

—¡Vaya si lo creo! cantestó el interpelado. Puedo asegurar á usted que el Sr. Sanchez ha acogido las buenas doctrinas con mucho calor.

—¡Es verdad! dijo el otro limpiándose la frente con un pañuelo y echándose aire con un abanico japonés.

* * *

Pero á la par de estas manifestaciones *calurosas*, se presencian otras cuya *frescura* asombra. Refiérome al irreverentisimo acto de un sujeto que en el templo del Pilar se permitió el otro dia inferir á las creencias católicas el más grave de los ultrajes.

A este prójimo, que debe ser algun pensionista de San Baudilio ó algun agente diplomático de los zulús, se le debieran aplicar por su frescura unas cuantas duchas de agua fria en el occipucio.

Similia similibus curantur.

Y además, teniendo en cuenta sus aficiones, ponerlo unos cuantos dias *á la sombra*.

* * *

Maravilloso descubrimiento es el del fonógrafo.

Al oirlo funcionar hace algunas noches en el Teatro de Novedades, rindió el público zaragozano homenaje de admiracion al modesto *yankee*, desconocido ayer hasta de sus paisanos, famoso hoy en todo el orbe.

Mr. Alba Edison ha archivado los sonidos, guardando íntegro é inmutable el canto de un hombre ó el toque de un cornetin. Ha hecho—como decia un extremeño al oir el singular aparato,—ha hecho cecina de la voz humana.

Ahora, segun cuentan, investiga el medio (y por cierto con provechoso resultado) de embotellar la luz y el calor. Esto, que hace unos cuantos meses hubiera hecho reir á sábios y á ignorantes compadecidos del pobre insensato que tales proyectos concibiese, se toma hoy muy en sério; cuantos comprenden los alardes de ingénio y fuerza á que puede llegar el espíritu humano esperan con impaciencia grandisima el resultado final de los experimentos de Alba Edison.

Y eso, á pesar de que el actual momento meteorológico (permítaseme la frase, puesto que está de moda una semejante) no es el más á propósito para aprovechar las provisiones de calor.

¡Ay, señor Edison, si lográramos tener embotellado el frio!

* * *

La compañía de ópera que ocupaba el teatro de Pignatelli se ha *liquidado*.

Ya no resonarán allí las voces de Tamberlick y la Natividad Martinez.

—¡Ni las de Maffei y Amodio!

En cambio, se nos ofrece un porvenir lleno de pantorrillas.

El entusiasmo del público zaragozano pasa en un par de noches desde el *Credo* del *Poliuto* hasta las piruetas de la signora Limido; desde Euterpe á Terpsícore, que diria un clásico; desde los puntos que se dan hasta los que se calzan.

Hagámoslo redondo, despues de desear buen éxito á los nuevos espectáculos que nos presenta el coliseo de verano.

* * *

Faltaria á un deber de cronista si dejára de consignar (ya que no pueda hacer otra cosa) la aparicion de un libro notabilísimo debido al talento y estudio de un sábio aragonés. Hablo de la *Numismática Arabe Española*, del Sr. D. Francisco Codera y Zaidin.

La historia pátria ha de recabar no pocos ni pequeños frutos de la ciencia profunda y laboriosidad constante de ese digno profesor, en quien tan excelentes calidades compiten con una modestia á toda prueba.

Lamento que mi impericia no me permita ocuparme del libro del Sr. Codera con la atencion y detencion que él se merece; porque en punto á numismática, yo estoy por la contemporánea y flamante, y áun por desgracia en esta no tengo todo el caudal... de conocimientos que quisiera.

* * *

La moda lo invade todo. Hasta para decir chistes dicta reglas y señala términos. Ahora han dado las gentes en jugar del vocablo y preguntar: ¿Cuál es el colmo de tal ó cual cosa? Y se contesta con un retruécano ó una andaluzada.

Por ejemplo: el colmo de la cortesía es:

Darse á sí mismo las buenas noches al meterse en la cama.

El colmo del arte de la equitacion:
Montar una fábrica.
El colmo de la ciencia astronómica:
Arreglar un cielo raso.
El colmo de la bajeza:
Vivir en un sótano.
El colmo de la generosidad:
Dar un paseo.
El colmo del amor á la música:
Esperar con impaciencia el juicio final para oir cómo tocan la trompeta los ángeles.

Y por fin, podria preguntarse:
¿Cuál es el colmo de la avaricia?
La contestacion que dió cierto usurero:
—Yo nunca *daré* un consejo á quien me lo pida; pero le *prestaré* el apoyo de mi experiencia y mi amistad.

SALDUBIO.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS ANTIGUOS.

(Continuacion.)

Despues de seis siglos de dominacion siempre creciente, encontráronse dueños los romanos de las más variadas y ricas colecciones de manuscritos traidos de las naciones que habian domeñado. Y es de notar, que á despecho de la primitiva ignorancia de los vencedores del mundo y áun en los tiempos en que las letras no eran muy honradas en la ciudad de Rómulo, eran los manuscritos, entre los despojos de los pueblos vencidos, considerados como muy más preciosos que los ricos vasos de oro. Paulo Emilio, despues de la derrota de Perseo, rey de Macedonia, trajo de Grecia copioso número de manuscritos que distribuyó entre sus hijos y el pueblo romano. Sila siguió este ejemplo: habiendo hallado, despues de la toma de Atenas, una biblioteca entera en el templo de Apolo, hízola trasportar á Roma donde formó el núcleo de la primera biblioteca de la república romana.

Vários ilustres romanos se distinguieron luego por lo selecto y magnífico de sus bibliotecas. Asinio Polion, Craso, César y Ciceron se hicieron célebres por el esplendor de sus riquezas literarias; Lúculo, que agotaba su opulencia desplegando un fausto más que régio, señalóse más noblemente al consagrar parte de sus tesoros á la formacion de grandes colecciones de manuscritos. Hizo más todavía. «Era la suya, nos dice Plutarco, una biblioteca cuyos salones, galerías y gabinetes estaban abiertos á todo el que queria visitarlos. Los griegos eruditos venian durante sus ocios á esta mansion de las musas para entretenerse en coloquios literarios, en los cuales tambien gustaba Lúculo de intervenir.» Julio César propuso adquirir esta biblioteca á costa del Estado y convertirla en pública, y aun llegó á designar al docto Varron para bibliotecario; pero el puñal de Bruto impidió la ejecucion de tan laudable proyecto A este museo de las letras venía Ciceron frecuentemente á proseguir sus estudios, cuando la custodia del mismo estaba á cargo de su amigo Faustino. Admira ver cómo, en medio de sus públicas ocupaciones y de sus estudios privados (circunstancias todas de tal calidad que cualquiera de ellas podria inmortalizar á un hombre), admira ver, repetimos, cómo este insigne varon puso por sí mismo perseverante atencion y minucioso esmero en la formacion de su biblioteca y de su gabinete de antigüedades.

Cuando la romana república se convirtió en imperio romano, los emperadores dieron sus nombres, más bien por vanidad que por aficiones literarias, á las bibliotecas que fundaron. Augusto, que pretendía pasar por poeta y sabía cuánto importa á un usurpador tener los poetas por amigos, agregó una magnífica biblioteca á una de las Termas, á uno de aquellos soberbios edificios adornados de pórticos, galerías, estátuas, paseos y baños refrescantes. Una de estas bibliotecas recibió el nombre de Octavio, hermano de Augusto; otra, instalada en el templo de Apolo, hízose el punto de cita de los poetas más renombrados. Así nos lo dicen Horacio, Persio y Juvenal. Los sucesores de Augusto siguieron su ejemplo. El mismo Tiberio tuvo una biblioteca imperial que Trajano enriqueció todavía más y á la cual dió su nombre; además de ser muy rica en manuscritos de todas las naciones, ostentaba pavimento de mármoles, paredes cubiertas de marfil y estantes de ébano y de cedro. Hoy no tributamos tantos honores á los libros: la imprenta, multiplicándolos hasta lo infinito, ha matado la veneracion que inspiraban en los pasados tiempos.

¿Qué ha sido de esos inmensos tesoros literarios, recogidos con tanto esmero y guardados con tanta esplendidez en Alejandría, en Roma y en Byzancio? ¿Cómo han perecido, en parte al ménos, tantas riquezas que por cierto poco tentadoras debian ser para la codicia de los bárbaros? ¿Por qué de los grandes escritores de la antigüedad, unos han llegado íntegros hasta nuestras manos y otros los vemos truncados y mutilados? ¿Por qué, en fin, tantos otros solo han trasmitido vanos nombres á la posteridad? ¿Ha sido únicamente el ímpetu ciego del destino quien ha destruido ciertas obras y ha respetado tales otras? Preguntemos el por qué de semejantes destrucciones y mutilaciones á esos hombres bárbaros é ignorantes que al principio de la Edad Media quisieron hundir otra vez la sociedad en el caos de donde las letras la habian arrancado. Entre la civilizacion antigua y la moderna ha habido, á modo de sombría noche entre dos dias luminosos y brillantes, una época de tinieblas, de desórden y de anarquía social. Del mundo antiguo no existian ya más que restos y girones, como de un templo derruido quedan solo algunas ruinas para atestiguar el pasado esplendor, cuando surgió un mundo nuevo que no recibió del anterior leyes, ni costumbres, ni religion, ni siquiera idiomas. Larga y penosa fué su infancia, como sin duda lo habia sido de la del mundo antiguo. El génio humano, apartado de las sendas de la civilizacion, mayores dificultades experimentaba para volver á ellas que esfuerzos le habian sido precisos para abandonarlas. Parecía que Dios abandonaba al hombre á sus malas pasiones. Gigantesca era la lucha que á la sazon habíase emprendido entre el cristianismo y el islamismo, lucha de esterminio que no se ensañaba solo en las personas; el odio y la venganza llegaban hasta los libros y los monumentos de ciencias y artes, que eran destruidos solo por el placer de destruir, única cosa que se hacía entónces. Conquistábanse los imperios solo por devastarlos, las ciudades solo por incendiarlas, los pueblos por aniquilarlos nada más.

Oigamos lo que nos dice un historiador árabe acerca de la destruccion de la célebre biblioteca de Alejandría: oigamos á Abul-Farag:

«Cuando los mahometanos se hicieron dueños de Alejandría, su general Amrú encontró allí á Filópono, cuyo trato le agradaba, porque Amrú era amante de las ciencias y Filópono muy sábio. Este le dijo un dia: «Habeis visitado todos los monumentos públicos de

Alejandría y habeis puesto vuestros sellos sobre todo lo que guardan. Por lo que atañe á los objetos que pueden seros útiles, nada me atrevo á deciros; pero entre los que para nada han de aprovecharos, hay algunos que me convendrian. Amrú le preguntó cuáles deseaba.—Los libros que existen en las bibliotecas públicas, respondió.—Súplica es esa, dijo Amrú, á la cual no puedo acceder sin recibir ántes para ello órdenes de Omar, el jefe de los fieles. Y Amrú escribió á Omar. Hé aquí la respuesta del caudillo musulman: «Si los libros de que me hablas están conformes con las doctrinas del Coran, son inútiles, porque el Coran contiene todos los conocimientos provechosos. Si esos libros son opuestos al Coran, es preciso destruirlos. Quémalos todos.»

El mandato fué obedecido. Amrú hizo entregar á los baños públicos más de setenta mil manuscritos, archivo glorioso del ingénio humano, momentos admirables del antiguo saber de Grecia, Roma y Asia, que sirvieron durante seis meses para calentar el agua de los deliciosos baños donde iban á sumergirse los fanáticos adoradores del Coran (1). ¿Qué verdad es la que necesita aniquilar á las demás para que sea conocida? ¿Qué luz la que para brillar necesita rodearse de tinieblas?

Roma la imperial, la señora del mundo, la ciudad eterna, sufrió una no ménos ciega y funesta devastacion. La accion de Roma sobre los bárbaros habia sido enteramente civilizadora; la reaccion de los bárbaros hácia Roma debia tener resultados del todo opuestos. Desde que Constantino trasladó á Bizancio el imperio de Occidente, convirtiéndose de este modo en imperio de Oriente, abandonada Roma á sí misma, tenía que ser presa de los feroces pueblos del Norte, envidiosos de tanta gloria y de riquezas tantas. Basta nombrar á Atila para suponer la suerte que esperaba á Roma. ¿Qué monumentos artísticos, científicos ó literarios podian quedar intactos y erguidos delante de aquel que orgullosamente se llamaba *azote de Dios*, de aquel que con sus plantas secaba la hierba de las praderas y la miés de las campiñas, avanzando á modo de inmenso incendio? Roma trocóse entónces en un monton de ruinas. Las obras maestras del arte griego y romano que ornaban templos y puentes, plazas y teatros, fueron precipitadas al Tíber, que esta vez retrocedió en realidad, como habia pronosticado un poeta, hasta sus manantiales, detenido en su marcha por semejante cúmulo de riquezas sumergidas para siempre entre el limo de sus aguas. ¿Quién sabe cuál fué entónces el destino de los tesoros literarios del mundo antiguo? Sin duda habian sido trasportados en gran parte con el sólio imperial á la nueva córte de Constantino; pero ni aún allí estuvieron al abrigo de las devastaciones. Los cruzados que, á principios del siglo XIII fueron bajo las órdenes de Balduino á recuperar para la cristiandad el sepulcro de Jesús, animados por una fé más generosa que discreta, no vieron en los momentos del arte pagano y de las letras profanas sino ultrajes al Dios por quien iban á pelear y morir. Un historiador de la época, Nicetas Coniates, que estuvo en el saqueo de Constantinopla por los soldados de Balduino (1205) nos ha dejado una patética descripcion de este desastre, quizá más lamentable que el de Alejandría. Mas no hay por qué asombrarse, cuando se piensa que á la sazon afligian á la humanidad dos géneros de barbárie: grosera, ignorante y fanática la una, la otra vil, supersticiosa y corrompida. La civilizacion romana habia perecido bajo el poder de los últimos emperadores y en medio de sus estátuas, cuadros, palacios y manuscritos. Largo tiempo hacía que reinaba la barbárie que nace de la corrupcion, cuando la barbárie que proviene de la ignorancia dió el golpe de gracia á la antigüedad griega y romana. Así, durante el largo período que trascurrió entre la caida del imperio de Occidente, destruido por los bárbaros en el siglo V, y la del imperio de Oriente, derribado por los turcos en el XV, lo cual forma un espacio de cerca de mil años, el género humano pareció ocuparse tan sólo en reducir á la nada los testimonios más gloriosos de su pasado, y apenas si entre las tinieblas que cubren esta época tan triste se ven brillar algunas ráfagas del fuego sacro que parecia apagado bajo tantos escombros y extinguido en el alma de las naciones. Y ¡cosa extraña! durante estos siglos de barbárie se hicieron los más grandes descubrimientos: los relojes, el telescopio, el papel, la pólvora, la brújula y la imprenta. No de otra suerte surge el más brillante relámpago del choque de los nubarrones más sombríos.

Despues de tantas tempestades como trastornaron el edificio social de arriba abajo ¿no es asombroso que el número de las producciones de la antigüedad llegadas hasta nosotros supere al de las obras que han desaparecido? Por todas partes hallamos causas de destruccion: la frágil naturaleza de los monumentos, los odios implacables de los pueblos, el ciego fanatismo de las religiones, los inevitables accidentes del azar, la accion lenta y progresiva de los años. Ni aún los mares se contentaron con los tesoros hundidos en sus abismos. Citanse vários naufragios que han hecho desaparecer monumentos del génio humano: parece como que el mar se venga así de verse vencido por la ciencia y el valor del hombre, hasta en sus más imponentes arrebatos. Guarino de Verona, uno de los sábios italianos que habian viajado por toda la Grecia en busca de manuscritos, vió recompensada su perseverancia con la adquisicion de obras raras y desconocidas. Al volver á Italia naufragó su navío y el pobre sábio perdió todos sus tesoros. Tan vivo y profundo fué su pesar, que sus cabellos encanecieron de repente. Hácia el año 1700, un rico burgomaestre de Middleburgo, llamado Hulde, fué á China, impulsado por el amor á las letras, para instruirse en la lengua de Confucio. Adquirió tanta ciencia que alcanzó la dignidad de mandarin, gracias á la cual pudo recorrer las provincias todas del Celeste Imperio. Traia por fin victoriosamente á Europa los secretos del Asia, despues de treinta años de trabajos y estudios, cuando el navío que llevaba tan rica cargazon se estrelló contra unas rocas y se hundió en el fondo del mar. Hubiérase dicho que los antiguos dioses del Asia despertaban de su mortal letargo para fulminar venganzas contra este nuevo Prometeo.

¿Debemos, como el comerciante que presenta á sus acreedores el balance de sus pérdidas, exponeros aquí el de nuestros desastres literarios? Considerable es su número, si se atiende al de los escritores antiguos cuyos nombres no más han llegado hasta nosotros ó cuyas obras han atravesado los siglos á costa de mutilaciones deplorables. Sin que tratemos de hacer ahora la lista mortuoria de los poetas é historiadores que han bajado íntegros á la tumba ¿no es bastante para excitar nuestro sentimiento saber que ha existido una historia de Fenicia, por Sanconiaton, contemporáneo de Salomon, otra de Egipto, por Menathon, y otra de Caldea, por Berosio? ¡Cuántos interesantes motivos de meditacion hubieran ofrecido al filósofo, aunque veladas por la fábula, estas historias de las naciones más antiguas! ¡Cómo no deplorar la pérdida de los cuarenta libros de Polibio, de los que solo cinco han llegado hasta nosotros! ¿Qué mano profana ha destruido

(1) Amplios y exactos detalles acerca de este y otros muchos desastres célebres en la historia de las ciencias y las letras, podrán hallarse en un trabajo sobre tal asunto, que está pronto á salir de nuestras manos. Posible es que lo publiquemos en esta misma REVISTA.—N. del T.

veinticinco libros de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia y la mitad de las *Antigüedades Romanas* de Dionisio de Halicarnaso? ¿Cómo de los *ciento cuarenta* libros de Tito Livio solo nos quedan *treinta y cinco*, y de los *veinte* libros de las historias de Tácito conocemos *cuatro* nada mas? El reinado de Tito, delicia del género humano, ha perecido de igual manera que el de Domiciano, azote de los pueblos. Gracias á semejantes mutilaciones, Tácito y Tito Livio se parecen á esos admirables torsos de las estátuas antiguas que por un solo fragmento revelan todo el brio y poder del cincel creador. ¿Cómo y cuándo tales profanaciones desheredaron al porvenir de las riquezas del pasado? Petrarca manifiesta que allá en su juventud habia visto las obras de Varron y la segunda década de Tito Livio. ¿Qué ha sido de ellas? Y sin embargo ¡cuántas investigaciones se han hecho! Sabido es que Enrique IV, llevado de su aficion á las letras, afirmaba que daria una provincia por encontrar los manuscritos perdidos de aquel gran historiador.—Esquilo, Sófocles, Euripides, ¿dó están aquellas trescientas tragedias vuestras que Atenas guardaba religiosamente en su tesoro como uno de sus más gloriosos trofeos? ¡Cuán grandes son vuestros nombres, sin embargo de que apenas conocemos la décima parte de vuestros títulos á la admiracion de los hombres! Y tú, Menandro, pintor de las costumbres, historiador de las pasiones, poeta del hogar, ¿quién ha podido reducir á la nada los cantos de tu lira, cuyas cuerdas eran las del humano corazon?—¿Diremos que la pérdida de un poeta no equivale á la de un historiador, y que el génio de un poeta que ya no existe puede renacer en el génio de un nuevo poeta, miéntras que la verdad una vez perdida en los anales de la humanidad deja un vacío que no puede llenarse? Que ciertos filósofos piensen y hablen así lo concebimos; pero á los que vemos dar vueltas sin cesar la historia de los hombres en el círculo de las mismas pasiones, los mismos vicios y las mismas virtudes, permítasenos lamentar ménos la pérdida de relatos inciertos ó engañosos que la de esas elevadas inspiraciones del génio poético, frecuentemente más provechosas para el bien de la humanidad que las mismas lecciones de la historia. ¿Quién sabe lo que sería la sociedad moderna si todos los poetas de la antigua hubiesen perecido en la deshecha tormenta de los siglos medios? ¿Acaso aquellos rasgos del génio humano hubieran sido superados si no hubiesen sido conocidos? ¿Quién puede decir que, si el sol se apaga, otro segundo sol saldrá de las manos de Dios para iluminar el mundo?

EDUARDO MENNECHET.

(Se continuará.)

CUENTOS GRISES.

II.

TÚ.

CUENTO GRIS CASI BLANCO

Hubo un tiempo (tiempo feliz por cierto), del cual cuentan, que cuadrúpedos y piedras, pájaros y flores, tenian sus conversaciones, y era de ver cómo un dogo discutía sobre arquitectura con un trozo de mármol de Carrara, ó un gilguero trataba de música con un ramito de lilas.

Yo no he vivido en aquel entónces, pero á decir verdad, hubiérame alegrado tomar parte en aquellas encantadoras disputillas, tan graves, tan fieles, tan bulliciosas y tan bonitas, y diera todavía cualquier cosa por decir palabras de cariño á una violeta y contestar frases de desden á un manojito de alelíes.—Divagaría un rato, y largo todavía, si no debiera venir á mi cuento; cuento, que pudiera ser historia, *si cuento no fuera*.

Yo no sé, pero tampoco quiero averiguarlo, los motivos que debiera tener una gentil violeta para haber elegido por morada un montoncito de hojas verdes que, solas junto á un risueño arroyo, pasaron siglos y siglos en completa tranquilidad, y cuyo *entresuelo* habitaba la sencilla flor de que me ocupo.

Habia visto aquella alegre vivienda nacer y morir, morir y nacer, muchas generaciones de violetas que, humildes y soberbias, dejábanse unas á otras su aroma y su color, color y aroma que solo ellas poseen y en los que cifran todo el orgullo de su sér.

Nada interrumpia su tranquila vida; nadie pensaba en ellas, y decian los padres á sus hijos: «Sólo vivo para vosotros, venideros frutos de la primavera viniente.»—Y los hijos, padres á su vez, volvian á repetir esta frase, que habia venido á ser el testamento de la familia, la herencia de la generacion futura.

Murmuraba el arroyuelo á sus piés, y algunos dicen que no era murmullo su susurro contínuo, sino que era cántico sumiso de amor sencillo que satisfacia su oculta pasion, dando sávia y vida á la bien amada que sus aguas retrataba.

Todo sucedia así, y cantaba el arroyo, y le miraba la violeta; y siglos enteros esto hubiese sucedido si no hubiera venido algo á turbar la paz de las paces, la humildad de las humildades, la belleza de las bellezas.

Este algo ocurrió, y la existencia blanca de aquella dulce vida vino á turbarse un poco, casi nada, pero sin embargo *algo*.

Notaba el arroyo resbalar sobre sus límpidos cristales olorosa canoa de hojas de azahar y cruzar tanto y tanto por las cercanías del montoncito de hojas verdes, que más de una vez se lamentó de su suerte, que le obligaba á llevar sobre su misma corriente el objeto que podia hacerle para siempre desgraciado.

Y siempre la misteriosa barquilla pasaba, y tal vez, el azar acaso, habia hecho que la olvidada de la montaña asomase sus pétalos por encima del montoncito de verdes hojas.

Tripulaba la gallarda embarcacion un nardo, flor preciosa que tiene el candor de la azucena con la virilidad del tulipan.

Y el arroyo murmuraba con verdadero murmurar: dudó primero, temió despues y lloró luego.

Y lloró con razon, pues escuchó en uno de aquellos paseos, y escuchó la violeta tambien, una cancion amante, tierna, porque amante era; bella, porque la dictaba el corazon; fuerte, porque la alimentaba la esperanza.

Cantó el nardo:

Soñar es ilusion, vivir es sueño
y no quiero soñar.
Atérrame la idea de la muerte,
¿y qué debo de hacer? ¡triste es mi suerte!

—

No me dejes morir, flor de mi vida,
escucha mi purísima cancion,
hija del corazon;
escúchala, que comprender ansío
con frenético empeño:
que el vivir no es un sueño.
. . . . . .
Y si dejas soñar, déjame al ménos
morir queriendo, que vivir soñando
es morir y vivir siempre llorando
y no quiero llorar, que son las lágrimas
gloria con fé, sin esperanza muerte.
¡Ay! ¿cuál será mi suerte?

Dulcísima y tierna pareció á la sencilla protagonista esta cancion, y por más que presintiera ver en ella algo de extraordinario y de desconocido, no dejó de parecerle bella y muy bella la linda cancion dicha con todo el fuego de una esperanza y con toda la tristeza de una duda terrible.

Encerróse la gentil violeta más y más en su humilde habitacion y no quiso ni asomar la bella punta de su puro pétalo por la ventana de su poética morada. Era desgraciada, pues habia oido una cancion que le gustaba y era más desgraciada porque no la queria oir.

Horrible lucha que tiene algo de encantador y de sublime.

Nada hay en el mundo más bello que lo que cuesta trabajo de comprender, de definir y de explicar, y que se comprende, se define y se explica perfectamente; tan perfectamente, que se desea: antes de suceder se aspira con vehemencia á su repeticion y se pide á Dios con fé, no sé si entera, pero á lo ménos constante, que no suceda.

¡Cuánto pudiera decir de esto! Es un asunto que no me bastaría la vida para acabar de explicarlo, pero que no habrá nadie que lo sienta, que no lo explique al instante por natural intuicion.

¿No es verdad? Confesadlo.—Sí, es verdad, verdad que nadie puede negar si tiene la franqueza de decirlo; se os conoce y se os adivina, aunque no se os dice, bellas violetas de la vida práctica.

No sé si deberia estar contento el nardo, quien dudaba sin dudar y adivinaba sin ver, pero parece que dicha habia, aunque no completa, pues en desear y en pedir es difícil llegar al límite.

Repitióse de allí algun tiempo la tierna serenata y cuéntase que la violeta oyóla con placer, con más placer que antes y áun hay quien añade que se cubrió de lágrimas como en otro tiempo se habia cubierto de bellas gotas de rocío.

Húbolo de notar el nardo, y hasta el arroyo que desde aquel entónces ya dicen que no susurraba, sino que gemia, y las guijas que de lecho le servian han referido y comentado mucho aquellos gemidos tan silenciosos que solo ellas pudieron entender, y aunque á pesar de todo, continuaba claro y tranquilo su serpenteado trayecto, dicen si sería por el placer que al ménos experimentaba al ver retratarse en sus límpidas aguas aquella flor, objeto único que tantas veces le hizo rico de esperanzas, y que hoy le hacía poderoso de desdenes.

Aun por tercera vez volvió el nardo á su endecha, y tal fué la vibracion de su voz y la fé de su canto, que no resistió á él la humilde de los bosques y asomó de nuevo la punta de su pétalo, no sin dejar descubrir en él las huellas de las lágrimas de muchos dias.

Antigüedad de pensamiento que marcaba bien distintamente lo que el nardo debia dudar, pero sabia comprender.

Dulce fué su sorpresa, como es dulcísima la esperanza en realidad convertida; pero más dulce todavía cuando escuchó una voz que cantaba estos trozos, que eran pago sencillamente sublime de su pasion grandiosamente sencilla:

Nacer, vivir, pasar la vida entera
mirando el ideal en lontananza.
Silencio, oscuridad, luz, resplandores...
¡Todo esperanza!
Ansiar, pedir, querer cifrar la dicha
en vivir, en pensar: ¡sublime empleo
de un existir que la esperanza alumbra!
¡Todo deseo!
Reclinar mi corola entre tus tallos:
mirarme en tu purísima blancura:
darte mi aroma, mi existir dejarte...
¿Hay más ventura?

Cesó el canto y lloró el nardo.—La felicidad grande hace llorar, no hace reir.—Y lloró tanto, que engrosaron sus lágrimas el arroyuelo, que aunque triste, empezaba á comprender que hasta hay dicha en ser desgraciado, no siéndolo tanto desde que se mezcláron sus aguas con las lágrimas de la dicha, siendo desde entónces aguas de consuelo donde los tristes encontraban lágrimas y los dichosos tranquilidad.

. . . . . .

Todo estaba hecho ya; la vida no era ilusion y las lágrimas eran dicha, pues habia realidad.

Pasaron así los dias; que la vida de las flores, por lo preciosa y bella es de dias, pues si de años fuera, doria dejar de ser siempre sonrisa, siempre alegría, siempre felicidad.

Nada pasó entónces que decirse deba; no se pinta la dicha entera con tinta de púrpura, ni lápiz de diamante, ni el hombre la explica ni casi la comprende.

Salía el sol y alumbraba placer; poníase y placer ocultaba, y daba argentina luz á la dicha la luna, y envolvia la noche en tinieblas la felicidad.

Concluyeron los dias de la vida y llegaron las horas de la muerte, y las flores murieron tambien y encontráronse confundidas las hojas blancas del amante nardo con las hojas amantes y amadas de la sencilla violeta.

Recogió el arroyo en su corriente aquellos preciosos restos, y prudente y cariñoso llevólos al más bello rincon á que daba vida su risueño murmullo, y de allí á algun tiempo cuéntase que vino á ser aquella tumba de las bellas pasiones, bosque de nardos y pradera de violetas.

Muy pocos habian osado penetrar en aquel poético recinto, los atrevidos sin corazon salieron y lloraron siempre su loco empeño, que no es de prudentes entrar en el templo de la dicha teniendo que vivir en el valle de la desgracia.

Todavía existe el bosque de los nardos y la pradera de las violetas; una sola habitacion háse construido en esa tierra de la ventura para el feliz mortal que sea llamado á habitarla; pero es tal el aroma de aquella comarca, que el que la habite necesita corazon de oro y alma de ángel.

MARIANO SANCHEZ MUÑOZ

LA AUDACIA.

NOVELA POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

IV.

Entre todos los obstáculos que dañan al amor, uno de los más graves es sin duda alguna el de la falsa vergüenza. Croisilles no tenía este perjudicial defecto, hijo del amor propio y de la timidez; no era de esos que durante meses enteros están dando vueltas alrededor de la mujer á quien aman, como un gato alrededor de un pájaro enjaulado.

Desde el momento en que renunció al suicidio, no pensó más que en hacer saber á su querida Julia que vivia únicamente por ella y para ella; pero ¿cómo decírselo? Si de nuevo se presentaba en casa del rico asentista, de fijo el Sr. Godeau le pondria en la puerta de la calle, por lo ménos.

Julia no salía nunca de casa sino con una doncella; era inútil, pues, el seguirla. Pasar las noches bajo las ventanas del objeto amado es cosa á que tienen gran aficion los enamorados, pero inútil tambien en el pre-

sente caso. Ya he dicho que Croisilles era de ideas muy religiosas; por eso no le ocurrió buscar á su amada en el templo y entenderse allí con ella. Como el mejor partido, siquiera sea el más peligroso, es el de escribir á quien no se puede hablar, Croisilles enjaretó al punto la cartita correspondiente. Por supuesto, una carta sin piés ni cabeza. En los siguientes términos estaba concebida:

«*Señorita*:

Os suplico de veras que me digais qué caudal es necesario poseer, sobre poco más ó ménos, para aspirar á vuestra mano. Extraña pregunta es la que os hago; pero os amo perdidamente y no puedo pasar sin enterarme acerca de este punto. Vos sois la única persona á quien puedo y debo dirigirme. Anoche en el teatro me pareció que me mirábais. ¡Ojalá cayese muerto en este instante si estuviera equivocado, si aquella mirada no hubiera sido para mí! Decidme si puede ser tan cruel la casualidad que deje á un hombre engañarse de una manera tan triste y tan deliciosa á la par.

He llegado á creer que me mandabais vivir. Sois rica y hermosa: vuestro padre, avaro y vanidoso. Haceis bien en ser orgullosa, pero yo os amo, y de lo demás me importa un bledo.

Fijad en mí vuestras encantadoras miradas; pensad cuánto puede el amor y á qué cosas obliga, puesto que el escribir esta carta, que acaso encienda vuestra cólera, me proporciona un verdadero placer. Pero pensad tambien que, si estoy loco, alguna culpa teneis de mi locura. ¿Por qué me disteis el ramito aquel? Colocaos por un instante en mi lugar. Me atrevo á creer que me quereis; es más, me atrevo á pedir que me lo digais. Perdonadme, por Dios; porque daria mi vida á cambio de la seguridad de que no os ofendo en nada y de ver pagado mi cariño con una de esas sonrisas angelicales que solo á vos os pertenecen. Por más que hagais, vuestra imágen se ha grabado de tal modo en mi corazon, que tan solo arrancándome éste puede borrarse aquella. Mientras guarde mi alma el recuerdo de vuestra mirada, mientras aquellas flores conserven un poco de aroma, mientras haya en el lenguage humano una palabra que quiera decir *amor*, no perderé mis más hermosas esperanzas.»

Cerró Croisilles su amorosa epístola y se fué á pasear arriba y abajo delante de la casa de su ídolo; así estuvo hasta que vió salir un criado.

La casualidad, que ayuda siempre á los enamorados inexpertos, cuando puede ayudarles sin comprometerse, dispuso que la doncella de Julia tuviese que salir á la sazon para comprar una gorrita. Dirigíase, pues, hácia el almacen de modas, cuando la detuvo nuestro héroe, y deslizando en su mano una reluciente monedita de oro, rogóle que entregase aquella carta á su señorita. Bien pronto quedó arreglado el trato; la doméstica tomó el dinero que le venía de perlas para pagar su gorra, y prometió entregar la carta. Croisilles, reventando de gozo, volvióse á casa y se detuvo en la puerta para aguardar la anhelada contestacion.

Antes de hablar de la respuesta, bueno será decir cuatro palabras acerca de la hija del opulento Godeau.

La verdad es que la muchacha, si no tan desvanecida como su orondo papá, tenía sus puntas y ribetes de vanidad, pero su índole buena y sencilla remediaba este defecto. Más que otra cosa, era una niña mimada hasta la exajeracion. Tenía la costumbre de hablar muy poco, y desde luego, la de trabajar mucho ménos: jamás se la veia con una aguja en la mano. Pasaba los dias arreglándose en su tocador, y las noches sentada en un sofá, sin tomar parte en las conversaciones que en rededor suyo se suscitaban.

En lo tocante á sus adornos, era coqueta hasta dejarlo de sobra y nada en el mundo le merecía más consideracion que su propia cara. Una arruga en su fichú, una mancha de tinta en sus dedos la desconsolaban; así es que cuando un traje le agradaba, no tenian cuento las miradas que recogian los espejos antes de que la hermosa Julia abandonase la habitacion.

No demostraba gusto ni aversion hácia los placeres que ordinariamente apetecen las jóvenes. Iba al baile por su voluntad y renunciaba á él sin el menor disgusto, y á veces sin el menor motivo; aburríale el teatro, y aun se dormia en él sin poderlo remediar. Cuando su padre, que adoraba en ella, le decía: Vamos á ver ¿qué quieres que te compre? estaba indecisa más de una hora sin saber qué desear ni qué pedir. Si daba el señor Godeau alguna reunion ó alguna comida, solía suceder que la indiferente damisela no se presentaba en el salon y se pasaba las horas muertas en su cuarto, vestida de gran ceremonia y paseándose sola de arriba abajo.

¿Se le dirigia algun cumplimiento? Pues volvia al otro lado la cabeza. ¿Intentaba álguien hacerle la corte? Contestaba con una mirada séria y altanera que desconcertaba al más audáz. Jamás le había hecho reir un chiste; jamás la habían conmovido un trozo de ópera ó una tirada de hermosos versos; jamás había dado su corazon señales de existencia, y al verla pasar, en medio de la aureola de su hermosura, hubiérasela tomado por una sonámbula que atraviesa sumida en sus sueños este valle de lágrimas.

Indiferencia y coquetería semejantes, unidas en un mismo individuo, es decir, *individua*, no se comprenden fácilmente. Unos decían que la niña á nadie amaba; otros que únicamente se amaba á sí misma. Sin embargo, una sola palabra basta para explicar su carácter: Julia esperaba. Desde los catorce años, había oido repetir constantemente que era la más linda de las mujeres, y ¡es claro! estaba persuadida de esta verdad. Por eso, cuidaba tanto de su persona; descuidándola y faltando al respeto de su propia belleza, hubiera creido cometer un sacrilegio. Satisfecha de su hermosura, no creía, sin embargo, que estos dones de Dios debian permanecer inútiles: bajo su aparente indiferencia, ocultábase una voluntad secreta, inflexible, y tanto más poderosa cuanto mejor disimulada. La coquetería de las mujeres vulgares, que se desperdicia en miraditas, muecas y sonrisas, parecíale un juego vano, pueril, y áun despreciable. Sentíase dueña de un tesoro y desdeñaba aventurarlo poco á poco á la lotería del amor. Le hacía falta un adversario digno de ella; pero harto acostumbrada á ver prevenidos siempre sus menores caprichos, no se cuidaba de buscar por sí misma al adversario en cuestion, y áun se puede asegurar que estaba asombrada de que se hiciera esperar tanto tiempo el enemigo.

Despues de cuatro ó cinco años que llevaba mostrando á las gentes sus magníficos trajes y sus blancas espaldas, parecíale mentira no haber inspirado aún una pasion volcánica.

Si le hubiera sido lícito descubrir el fondo de sus pensamientos, hubiese dicho de seguro á los que le prodigaban entusiastas galanterías:

—Pues bien, si soy tan bella y produzco en vos tanta impresion, ¿por qué no os pegais un tiro por mi amor?

Respuesta que, despues de todo, podrian dar no pocas jóvenes, y que más de cuatro que no dicen nada, tienen en la punta de la lengua.

Y en efecto, no hay cosa alguna en el mundo tan fastiodosa para una mujer como el ser jóven, hermosa y rica, mirarse en el espejo y verse digna de agradar, estar, en fin, dispuesta á dejarse querer, y decir, sin embargo, para sus adentros:

—Todos me admiran, todos me alaban, todos me encuentran encantadora, y nadie se enamora de mí. Mi traje es de la mejor modista, mis encajes son soberbios, mi peinado irreprochable, mi cara la más linda de la tierra, mi talle esbelto y mi pié calzado maravillosamente... ¡Y todo esto sólo me sirve para ir á bostezar en el fondo de un salon! Si me habla un jóven, me trata como á una chicuela; si álguien pide mi mano, busca en realidad mi dote; si me sacan á bailar, siempre me toca en suerte algun fátuo. Me presento en cualquier parte y en seguida se levanta un murmullo de admiracion; pero nadie, nadie me dice, á mí sola y en secreto, una palabra que haga palpitar mi corazon... Oigo á los impertinentes que me alaban en voz alta, á dos pasos de mí; pero ni una sola mirada sincera y apasionada que busque la mia... Dentro de mi cuerpo hay una alma ardiente, llena de vida y energía, y no soy, á lo sumo, más que una hermosa muñeca que visten por la mañana, la pasean por la tarde y la desnudan por la noche, para volver á empezar al dia siguiente.

Esto mismo es lo que Julia se habia dicho á sí propia muchas veces, y habia dias en que semejantes pensamientos producian en ella una especie de *spleen* tan abrumador, que se entregaba durante horas y horas enteras al silencio y á la inmovilidad.

Cuando le escribió el vehemente Croisilles, hallábase precisamente en uno de estos accesos de mal humor. Acababa de tomar el chocolate, y estendida en una poltrona, dejaba volar la fantasía, cuando entró su doncella y le entregó la cartita consabida con mucho misterio y muchas precauciones.

Tomó Julia la misiva y miró el sobre: como no conocía la letra, cayó otra vez en su distraccion. Vióse entónces obligada la doncella á explicarle de qué se trataba, lo cual hizo la pobre muchacha con bastante torpeza, porque ignoraba qué tal sentaría la pretension de Croisilles á su señorita. Esta oyó las palabras de la doncella muy tranquilamente, abrió enseguida la carta, la leyó de una ojeada, pidió al punto una hoja de papel y escribió lo siguiente, como al descuido y como quien no dice nada:

«No, señor, yo no tengo la vanidad y orgullo que suponeis. Si tuviérais solamente unos cien mil francos, me casaría con vos de muy buena gana.»

Tal fué la contestacion que la doncella de Julia llevó inmediatamente al héroe de esta historia, el cual, con una esplendidez propia de un verdadero enamorado, dió otra moneda de oro á la diligente doméstica.

(Se continuará.)

SONETOS.

I.

¿QUÉ QUIERO?

Que tus lábios no sean tan impios
Ni tú más dura que insensible roca,
Ni ver rodar sobre mi fiebre loca
Desengaños crüeles y sombríos.
Quiero en dichas trocar mis desvarios
Y el angustioso afan que me sofoca,
Y apagar un *me muero* de tu boca
En un *me matas* de los lábios mios.
Quiero piedad, que con amor me trates;
Quiero que, á fuerza de adorar, me abatas
Y poco á poco el alma me arrebates.
Quiero apurar delicias insensatas.
Desfallecer, morir, que tú me mates...
¡Que me mates, mi bien, como tú matas!

II.

AL OCÉANO.

Ya rujas coronado de centellas
Y alumbre el rayo tu infernal hondura;
Ya te llenes de cantos y hermosura,
Brindando amor tus soledades bellas;
Ya destructoras imponentes huellas
Dejes durante la tormenta impura
Sobre las rocas de la playa oscura
Donde grandioso tu furor estrellas;
Ora ilumine tu extension plateada
El astro que convida al sentimiento
Y hace gemir al alma enamorada;
Ya suspires, ya rujas turbulento,
¿Qué vale tu grandeza comparada
Con el jigante mar del pensamiento?

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

POESIAS

TRADUCIDAS DE LAS CATALANAS DE D. J. EDUARDO SELLENT.

I.

DOLORA.

¿Vés ese arbol de ramas despojadas,
De hojas marchitas y de seco tronco?
Lo destruyó la llama, pero aún brotan
Floridos sus retoños.

—

¿Vés esas ruinas, por los siglos hechas
Víctimas santas del poder del tiempo?
Pues con sus piedras el trabajo erige
Suntuosos monumentos.

—

¿Vés esas tumbas frias y desnudas
Con una cruz no más por epitafio?
La guerra las llenó; jamás los muertos
Volverán á tu lado.

—

Vuelve á nacer lo que la llama arrasa,
Lo que el tiempo destruye vuelve á alzarse,
Mas lo que mata el hombre cruél y fiero...
Eso jamás renace.

II.

OLVIDO.

Léjos huid de mí, tiernas memorias
De dichas y placer y hermosas glorias
Que nunca volverán...
Cuando ya no sonríe la esperanza
Como aquella halagüeña remembranza,
¡Qué triste es recordar!

—

Huid bien léjos, plácidos y hermosos
Recuerdos de los dias tan dichosos
Que nunca han de volver...
Cuando en el alma sólo hay amargura
Por triste y dolorosa desventura,
Recuerdos, ¿para qué?

—

Huid del corazon, memorias yertas
De ilusiones de ayer por siempre muertas
Dentro el pecho infeliz...
Cuando la mano cruel del desengaño
Nuestra frente selló con negro daño,
¡Recordar es morir!

M. DE CAVIA

Zaragoza. Imprenta del Hospicio Provincial.

Nuestro estimable colega *El Diario Católico* toma una interesante noticia del *Boletin Eclesiástico Oficial* de este Arzobispado acerca de cierto retrato fotográfico del Pontífice Leon XIII y ciertos versos latinos compuestos por este augusto personaje en loor del arte de la fotografía.

Esta interesante noticia y estos notables versos aparecieron en la REVISTA DE ARAGON de 2 de Febrero del año corriente, añadidos ademas con una traduccion en endecasílabos castellanos, hecha por nuestro Director.

Un periódico zaragozano tuvo á bien reproducir la noticia, los versos y la traduccion.

Perdónesenos esta vanagloria por lo que tiene de legítima y natural.

El pastor protestante de esta ciudad, D. Antonio Sanchez, su esposa y una hija de 14 años, abjuraron sus errores el dia 29 de Julio, en el palacio arzobispal y ante el M. I. Sr. Vicario general de esta diócesis.

Concurso notable en número y calidad acudió á este solemne acto.

El *Diario Católico* de esta capital ha publicado el acta correspondiente, que se formalizó ante Notario eclesiástico.

Ha sido nombrado catedratico de literatura general y española en nuestra Universidad el Sr. D. Antonio Sanchez Moguel, de quien esperamos que llenará dignamente el sensible vacío que en el profesorado aragonés dejó nuestro inolvidable amigo el Sr. D. Jerónimo Borao.

CHARADAS.

I.

Es mi *primera* pronombre,
Segunda preposicion,
Articulo mi *tercera*
Y el *todo* una poblacion.

II.

Si no viene un *prima tres*,
De las que en los cuentos se habla,
Y no hace un milagro... ¡adios
El *todo* de nuestra España!

Solucion á las insertas en el número anterior.

1.ª PE-RA.—2.ª GO-LA.—3.ª PE-LO.—4.ª PA-RIS.

Solucion á la charada de letras.

EBRO.

ANUNCIOS.

CENTRO PERIODISTICO.

OFICINAS: CINEGIO, 5, ESQUINA Á LA CALLE DE LOS ESTÉBANES.

REVISTA DE ARAGON.

Semanario de Ciencias, Letras, Artes é intereses generales.

Esta publicacion, la más barata de España en su clase, adquiere de dia en dia mayor interés é importancia por lo variado y selecto de su lectura.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Trimestre.	Semestre.	Año.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.....	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, *quince* céntimos de peseta.

LA VOZ DEL COMERCIO.

SEMANARIO DE NOTICIAS Y ANUNCIOS.

Los números de este periódico de gran circulacion, destinado especialmente á ensanchar la esfera de la publicidad industrial y mercantil, se distribuyen *GRATIS* los domingos y se remiten á todos los establecimientos, fondas y cafés de España.

SE ADMITEN ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES.

LITOGRAFIA ARAGONESA
DE
FELIX VILLAGRASA,
Porches del Paseo, número 16,
ZARAGOZA.

LA ESCOLAR.

LIBRERIA DE PRIMERA Y SEGUNDA ENSEÑANZA

Calle de D. Jaime I, número 42.

En esta librería se sirven con prontitud y economía los pedidos que se hacen de los artículos á que se dedica

Se reciben comisiones y encargos.

Dirigirse á JUAN OSÉS.

LA BANDERA ESPAÑOLA.

COSO, ZARAGOZA.

INMENSO Y VARIADO SURTIDO DE OBJETOS DE ESCRITORIO.

DEPÓSITO DE PAPELES PINTADOS DE LAS MEJORES FÁBRICAS.

NOVEDAD Y BUEN GUSTO.—VARIEDAD Y ECONOMÍA.

COSO, ZARAGOZA.

LA BANDERA ESPAÑOLA.

LA SALDUBENSE.

DEPÓSITO DE LIBROS, OBJETOS DE ESCRITORIO
Y TALLER DE ENCUADERNACION
DE FRANCISCO FRANCES.

COSO, 104.-ZARAGOZA.-COSO, 104.

ESPECIALIDAD EN LIBROS
Y OBJETOS PARA LAS ESCUELAS DE PRIMERA ENSEÑANZA.

M. Polo y Peyrolon.

Costumbres populares de la Sierra de Albarracin, tercera edicion, 2 pesetas.
Los Mayos, 2.ª edicion, 2 pesetas 50 céntimos.

Estos tan elogiados cuadros de costumbres aragonesas se venden en las principales librerías y especialmente en las de Perdiguero, San Martin, 3, Madrid; Casals, Pino, 5, bajos, Barcelona; Marti, Zaragoza, 15, Valencia, y Viuda de Heredia, frente á La Seo, Zaragoza. El autor, que es catedrático del instituto provincial de Valencia, rebaja el 25 por 100 si la compra se hace por docenas y se paga al contado.

LA PUBLICIDAD,

LIBRERÍA Y OBJETOS DE ESCRITORIO
DE JOSÉ MENENDEZ
JAIME I, 54.

En este establecimiento se encuentra un gran surtido de devocionarios, Semanas Santas, obras de religion y de texto para todas las carreras.

Se suscribe á toda clase de periódicos, tanto nacionales como extranjeros, de medicina, farmacia, derecho, literatura, etc.

CONFERENCIAS
SOBRE LA PLURALIDAD DE MUNDOS
POR FONTENELLE,
traducidas y aumentadas con un prólogo y notas
POR
BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

Forma un volúmen de 176 páginas en 8.º y se halla de venta á 4 reales ejemplar en las librerías de la Sra. viuda de Heredia, Menendez, Osés y Francés.—En Madrid, en casa de Murillo y en las principales librerías.